

**MATEO 18, 1-10**

<sup>1</sup>En aquel tiempo los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron:

- ¿Quién es el más grande en el reino de Dios?

<sup>2</sup>Él llamó a un niño, lo colocó en medio de ellos, <sup>3</sup>y dijo:

- Os aseguro que si no os convertís y os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de Dios. <sup>4</sup>Quien se humille como este niño, es el más grande en el reino de Dios. <sup>5</sup>Y el que acoga a uno de estos niños en atención a mí, a mí me acoge. <sup>6</sup>Pero a quien escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgasen al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al fondo del mar.

<sup>7</sup>¡Ay del mundo por los escándalos! Es inevitable que sucedan escándalos. Pero, ¡ay del hombre por quien viene el escándalo!

<sup>8</sup>Si tu mano o tu pie te son ocasión de caer, córtatelo y tíralo lejos de ti. Más te vale entrar en la vida manco o cojo que con dos manos o dos pies ser arrojado al fuego eterno. <sup>9</sup>Si tu ojo te es ocasión de caer, sácatelo y tíralo lejos de ti. Más te vale entrar en la vida tuerto que con dos ojos ser arrojado al horno de fuego.

<sup>10</sup>Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños. Pues os digo que sus ángeles en el cielo contemplan continuamente el rostro de mi Padre del cielo.

**CUANDO LEAS**

En el comienzo del capítulo 18 se plantea la cuestión sobre la constitución de la nueva comunidad de Jesús, sobre cómo se debe construir, sobre cómo se articula sobre la construcción, sobre cómo debe ser el Reino de Dios. Este pasaje encuentra su paralelo tanto en la obra marcana (Mc 9,33-37) como en el evangelio de Lucas (Lc 9,46-48).

Dentro de esta comunidad se debe prestar especial atención a los más vulnerables, quienes tienen mucho que aportar. El origen de la enseñanza está en la pregunta por “¿quién es el más grande en el reino de Dios?”. Jesús intenta mostrar que la nueva comunidad no se rige por la estructura social del siglo I y que los criterios de pertenencia no son la consideración social. Ello lo realiza a través del ejemplo de los niños, sujetos que no contaban socialmente hasta que no llegaban a la edad adulta. Eran “personas” débiles, peligrosas, insignificantes y de reacciones imprevisibles. No es la primera vez que Mateo hace referencia en su evangelio a los pequeños: en Mt 10,42 y Mt 11,1 se agradece que Dios ha “*escondido estas cosas a sabios y prudentes y se las ha revelado a los pequeños*”. Con ello alude a Is 28,9. Los pequeños son los discípulos que han oído verdaderamente el mensaje que Jesús ha revelado, los que se han hecho como niños pequeños (18,1-4; 10,42; 1,11).

Lo que llama la atención del pasaje es el contraste entre la pregunta y la respuesta. Frente a la pregunta de los discípulos sobre la consideración y organización dentro de la comunidad (“quién es el más grande”), Jesús responde con cómo acceder a esa comunidad “*si no os convertís y os hacéis como niños no entraréis en el reino de Dios*”. No hay relación directa entre la pregunta y la respuesta. Ellos han dado por hecho una pertenencia que Jesús pone en duda, asentándola en la conversión y las actitudes, en línea con el capítulo anterior. Las reglas para la inclusión tienen que ver con la aceptación y acogida del débil, con humillarse (planteamiento contrario a la pregunta inicial). El niño se pone como ejemplo de creyente, es “uno de los pequeños que creen en mí”. La grandeza, por tanto, no se define desde la perspectiva de aumento de posesiones, poder, riqueza... sino con criterios marginales. El niño es, según W. Carter, un modelo de discípulo. La adhesión a Jesús se plantea desde el “creer en él”. El cambio que Jesús plantea para el Reino, se ejemplifica con el desplazamiento del niño y

con el ponerlo en el centro. Aquél que no cuenta en la sociedad judía del siglo I, es el centro, el más importante en la sociedad de Jesús. El pequeño es, paradójicamente “el que cree”.

Los versículos 7 y 8, son probablemente una inserción, relacionada con el tropiezo (este es el sentido del “escándalo”) y el fallo en la fe. Mano, pie y ojo, son partes fundamentales del cuerpo que nos ayudan a una correcta apreciación de la realidad. Si la percepción del mundo falla, si tropezamos o nos hacen torcer el camino, el resultado falla, la construcción del Reino falla. Que Jesús diga que en el Reino es mejor entrar “incompleto” rompe también con los criterios judíos de pureza y perfección física como elementos y criterios de acercamiento a Dios. Después de los “ayes” el pasaje se cierra con una advertencia: es necesario aceptar a aquellos a quienes Dios acoge, a los más pequeños. Despreciarlos es contrario al plan de Dios. (Cf. Sal 8,3; Sal 131,2; 140,13)

### **CUANDO MEDITES**

- Cuáles son los criterios que nosotros valoramos para la pertenencia a nuestros grupos, comunidades, familias....¿qué papel juegan en ello los más pequeños, débiles? ¿Somos capaces de dejaros enseñar por otros menos capaces, por otros grupos eclesiales que merecen, a nuestro juicio, menor consideración?
- En los últimos capítulos, Jesús anuncia la Pasión y al mismo tiempo, critica y se lamenta la falta de comprensión y de fe de los discípulos. Ello, sin embargo, no le lleva al abandono del grupo, sino a continuar con su enseñanza... ¿cómo aceptamos nosotros el error, la duda, la inconstancia personal y de nuestras comunidades? ¿nos lleva al desánimo o a la perseverancia?
- Jesús acoge y valora a los pequeños. La pequeñez ante Dios implica la conciencia de la completa dependencia de él, la confianza en su presencia y también la confianza en nuestras posibilidades.

### **CUANDO ORES**

- Relee el texto en actitud orante, sitúate en la escena e imagínate siendo ese niño al que Jesús desplaza, sitúa en el centro y pone como ejemplo. Siente cómo te miran los discípulos y sobre todo, cómo te mira y te toca el Maestro.
- Relee el texto en actitud orante, sitúate en la escena e imagínate siendo uno de los discípulos o discípulas preocupadas por saber ¿quién es el más grande? Pregúntale al maestro, sin temor, por las grandezas a las que aspiras, por los éxitos, por aquello que no entiendes. Plantéale tus certezas y seguridades más absolutas... y deja que Él te hable.
- Relee el texto en actitud orante, sitúate en la escena como un nuevo personaje y cuéntale a Jesús cuándo y cómo has sido tú *pedra de tropiezo* u *ocasión de caer* para otros, para los más grandes o los más pequeños. Acoge su ¡Ay! y déjate perdonar.
- Mira en tu corazón, en tu historia personal y grupal y agradece a Dios las ocasiones en las que has sentido la pequeñez, los momentos en los que te has vivido como persona acogida y valorada, y agradece las personas que te han situado “en el centro”.
- Háblale a Dios de tus momentos de tropiezo, de desánimo...y pídele fuerzas para superarlos.
- Presenta a Dios a los pequeños, a los débiles, a aquellos que en nuestras sociedades no cuentan, pero son personas de fe y a quienes Jesús “recoloca”.
- Siéntete como hombre o mujer humillada y con María, con la oración del Magníficat, reconoce la alegría de saber que Dios se  *fija en la humillación de sus siervos*.